

## **DISCURSO DE ANA IRIBAR**

Es curioso: he leído vuestro Manifiesto, escuchado algunas de vuestras declaraciones, y sin querer sonrío, porque encuentro en muchas de vuestras palabras y manifestaciones críticas contra el nacionalismo catalán, el de derechas en su día, hoy de izquierdas como decís, las mismas críticas que desde hace unos cuantos años sólo unos pocos se han atrevido a hacer en Euskadi también contra el nacionalismo, el vasco en nuestro caso, que lleva gobernando, manipulando, contraeducando y dividiendo a nuestra sociedad desde hace casi tres décadas.

Dicen que es difícil describir la forma de un elefante a quien no lo haya visto nunca antes, pero que es muy fácil reconocer al animal cuando uno lo tiene delante; es cierto: es difícil explicar muchas de las cosas que aquí suceden sobre todo a quien no haya vivido nunca en el PV, porque a la mayoría de quienes escuchan les cuesta creer lo que oyen.

Pero para la gran mayoría de quienes hemos nacido y vivido en esta Comunidad Autónoma, ha sido fácil reconocer al animal del fanatismo identitario, nacido de la mano de un nacionalismo folklórico y rancio, y a una de sus manifestaciones más trágicas, el terrorismo; otra cosa es cómo hemos ido reaccionando a su paso por que al elefante lo hemos visto todos; la gran mayoría, por ejemplo, ha sobrevivido intentando esquivar a la bestia, mirando hacia otro lado, como apunta Patxo Unzueta, procurando no cruzarse con ella por el camino no sólo para evitar su zarpazo, sino también para no tener que pronunciarse en su contra; también hay quienes la han alimentado durante años, desde el poder, desde un Parlamento Vasco vergonzante que ha sentado en sus tribunas a verdugos y a víctimas; incluso los hay que han comercializado con su marfil. Sin embargo, afortunadamente también los hay que se han enfrentado con valentía a esta bestia irracional, como lo hizo en su día Gregorio Ordóñez, y otros muchos que siguen haciéndolo hoy en el PV, en Cataluña y en el resto de España, quizás más solos hoy de lo que lo estaban hace tan sólo unos meses.

Es difícil hacer entender por ejemplo, que en el PV mientras la mayoría mirábamos hacia otro lado, sometidos como estábamos por la cultura del miedo y del silencio, HB y su corte paseaban inmunes su tiranía, amparados tras una falsa tolerancia, la misma que reina hoy de nuevo ante un ilusorio “umbral de la paz”, la misma que ha consentido que los herederos de los asesinos puedan participar en el juego democrático, en el Parlamento Vasco; ¿estarán también en nuestros ayuntamientos?

Es difícil explicar que dentro de las iglesias se hacían encierros por los terroristas mientras el párroco de turno te niega el funeral en el aniversario del asesinato de tu marido. Es difícil explicar la imagen de un obispo que pasa indiferente al lado de los hijos de quien ha sido secuestrado sin una palabra, sin un gesto de empatía. Es difícil explicar que incluso después de asesinar a alguien, destrozan su tumba. Los cócteles molotov en las viviendas, las dianas y pintadas amenazantes. Es difícil explicar que se persigue, se amenaza y se asesina a quienes defienden la democracia y la libertad de todos.

Es difícil también describir el dolor de las víctimas del terrorismo, en silencio, en soledad, difícil explicar que mientras sus familiares son enterrados de tapadillo, los terroristas reciben homenajes en sus pueblos natales. Todavía el viernes pasado en el Parlamento Vasco se rechaza una propuesta del Partido Popular solicitando su prohibición.

Siento rabia y dolor al recordar. Y vergüenza. Vergüenza porque quienes debían haber transformado semejante escenario es decir, las instituciones vascas y los sucesivos gobiernos nacionalistas, no hicieron nada para cambiarlo, al contrario: siendo su obligación combatir el fanatismo que crece desde hace años en las escuelas y calles vascas, lo han alimentado basándose en supuestos derechos de un pueblo milenario, mientras imponen sus credos y folklores raciales. Frente a las imposiciones de un nacionalismo totalitario reclamo la sola identidad que me hace libre, la de ciudadana española.

Leí hace unos años un cuento maravilloso, *el Barón rampante*, del escritor italiano Italo Calvino, en el que un joven Cosimo se niega a comer unos caracoles que le impone su padre y decide no volver a poner más un pie sobre la tierra; en uno de los pasajes de esta historia, estalla un incendio y Cosimo organiza a la comunidad para acabar con él; y cito sus palabras: “*Había un problema común que a todos interesaba resolver y todos lo anteponían a sus intereses, compensándoles de todo la satisfacción de hallarse en concordia*” En este país esa concordia es posible; ¿no aprobamos todos los españoles una constitución? ¿No aprobamos los vascos un estatuto vasco de Autonomía? ¿No acordaron las dos fuerzas políticas mayoritarias un Acuerdo por las Libertades y contra el Terrorismo?

La verdad, no entiendo que sigamos malgastando energías cuando en realidad contamos ya con un marco legal y los resortes institucionales necesarios, democráticamente elegidos, para una

convivencia en libertad, no entiendo que se dé la espalda a acuerdos que han tenido importantísimas consecuencias, políticas, jurídicas y sociales, en la lucha contra el terrorismo; no entiendo esa vuelta de tuerca de la política del nuevo gobierno y su abrazo a un nacionalismo que al menos, en el País Vasco, permanece ligado a terroristas como Arnaldo Otegi mientras esconde bajo la alfombra de su inventado victimismo frailón los derechos de las víctimas el terrorismo.

No entiendo que el Parlamento Vasco apruebe un importante conjunto de medidas relacionadas con las víctimas del Terrorismo y que al tiempo los partidos nacionalistas pretendan denominar a la comisión de víctimas del terrorismo *víctimas de la violencia*.

Tampoco entiendo cuando nos piden a las víctimas que seamos generosas, o si perdonamos o si olvidamos. Nadie ha llamado a mi puerta para pedir perdón. Mi generosidad empieza y termina dentro de los límites de nuestra democracia y de nuestra constitución. No me gustaría que por ello las víctimas fuéramos consideradas como un colectivo de personas reaccionarias; el hecho de exigir justicia no es un síntoma de intransigencia o intolerancia, sino la expresión de un derecho, nuestra máxima aspiración.

Y desde nuestra condición de víctimas también debemos exigir responsabilidades.

Cuando nos referimos al terrorismo, no entiendo que se hable de diálogo o de proceso de paz. En el PV nunca hemos estado en guerra, en el PV hemos sufrido el azote del terrorismo, la incompreensión del nacionalismo gobernante, la soledad y la falta de libertad. Exijo en respuesta Memoria, Dignidad y Justicia. No me parece decente que ningún gobierno democrático negocie con organizaciones terroristas. Gregorio Ordóñez lo decía muy claro: con los terroristas sólo cabe negociar el color de los barrotes de sus celdas.

Creo en el Estado de Derecho y exijo como ciudadana que se cumpla la Ley.

Creo que este país se debe tomar mucho más en serio el problema de los nacionalismos y las identidades. Sufrimos un empacho de doctrina y sectarismo, necesitamos alejarnos de esa rancia visceralidad que el actual gobierno se empeña en resucitar y que no hace sino alimentar de nuevo más fanatismo.

Creo que es una verdadera lástima ver a nuestros dirigentes enfrascados en problemas de transferencias mientras 40 mil personas siguen saliendo a la calle escoltadas. Este es nuestro problema común, este es nuestro particular monstruo que debemos entre todos combatir. Y no se resuelve anteponiendo intereses personales o partidistas. En memoria de las casi mil personas asesinadas.